



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

TERMUTIS.

Termutis, la hija del rey de Egipto, es el instrumento elegido por Dios para salvar al niño que habia de ser en adelante el libertador, el guia y el jefe de un gran pueblo.

Jacob, á quien José estableció en la parte oriental del bajo Egipto, multiplicó su descendencia; y este acrecentamiento infundió recelos á Aménofis, que así se llamaba el nuevo Faraon. No queria desterrarlos, porque le eran útiles aquellos hebreos ingeniosos y trabajadores; y para que no prosperasen sino en su beneficio, se propuso esclavizarlos, y los colmó de penosos trabajos y de duros tratamientos; que tal ha sido siempre la conducta de los tiranos para con los pueblos que han temido.

Crece sin embargo el hebreo, y afanoso Faraon por impedirlo, man-

dó arrojar al Nilo á los primojénitos que nacieran, salvando á las hijas.

Amram y Jacobed, de la tribu de Leví, tuvieron entonces un hijo, y lo ocultaron tres meses; pero no pudiendo preservarle por mas tiempo de las pesquisas que se hacian; antes que darle la muerte lo entregaron en manos de la Providencia, y fabricando una cuna de mimbres embetunada, le colocaron en ella, y lo dejaron en el Nilo entre unas plantas que crecian en sus ondas.

Acostumbraba á ir á bañarse en aquel sitio Termutis; repara en la cuna flotante, manda la saquen, vé al niño, que supone seria hijo de los hebreos, y le llamó Moisés, que significa salvado de las aguas.

María, hermana de Moisés, estaba al cuidado de la cuna; corre hácia Termutis, y la dice si quiere que busque entre las mujeres de los hebreos una que crie al niño. Trae al momento á su madre, y se le entrega la compasiva egipcia, ofreciendo recompensar el cuidado que

dispensára al niño. ; Vano encargo á una madre !

Termutis salvando á un niño salvó á un pueblo. La madre de Moisés no apeló en vano á la generosidad de una mujer.

Moisés escapó así al terrible furor de Faraon, como Jesus al de Herodes. Ambos fueron perseguidos en su cuna ; á los dos les salvó el amor de una madre.

Criado ya Moisés le presentaron á Termutis, que estaba ya casada; mas no tenía hijos, y lo adoptó por suyo.

Hacé le instruyan con esmero; tiene los mas hábiles maestros que le inician en todas las ciencias de aquellos siglos florecientes del Egipto, y Moisés pasa la primera parte de su vida aprendiendo á ser el hombre mas sábio de su época.

Termutis le amaba como á un hijo; lo presenta al rey, y le pide que á falta de herederos directos á la corona lo fuese él presuntivo. Acoje Faraon bondadoso el deseo de su hija, y por juego y como parodiando lo que habia de suceder, le coloca en sus sienes la real diadema, que se la quita presuroso el niño y la pisotea.

Aunque estaba en la córte egipcia rodeado del fausto y ostentacion, no se identificaba con su religion, sus leyes y costumbres. Háblele enseñando su madre Amram la de Abraham, Isaac y Jacob, entrañósela en su razon, y se afirmaba cada vez mas en su fé.

Su sabiduría se aumentaba, y como sobresalia en todo, infundió rivalidades y celos, que si les hizo frente viviendo Termutis, su madre adoptiva, al morir ésta, tuvo que sucumbir y espatriarse; comenzando entonces la historia de su verdadera grandeza, en la que le seguiremos con Séfora, su mujer, y María, su hermana; criaturas que brillan con gloria en la historia de la mujer y de la humanidad.

A. PIRALA.

EDUCACION MORAL.

LA ENVIDIA Y LOS CELOS.

La envidia es el tirano encarnizado del talento y la virtud; los celos, hijos legítimos de la envidia, son la inquietud que produce en nosotros la idea de una felicidad de que suponemos gozan otros, mirándonos privados de ella, y ambos afectos, si bien caracterizados por circunstancias especiales, emanan del orgullo, pues como dijo *Sofocles*, « el amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace aborrecer en los otros las ventajas por las que logran en la sociedad una superioridad que cada cual desea para sí. »

La envidia y los celos se desarrollan mas comunmente en la mujer, que halagada desde niña en una mal entendida educacion por el amor propio y el orgullo de la mayor ó menor hermosura, por el lujo, por la posicion social, la instruccion, etc.,

crece ya celosa de sus amigas, llega luego á estarlo de sus amantes y á envidiar á todas las mujeres, aun cuando real y positivamente nada tenga que desear.

Estas pasiones, que muy desarrolladas en el hombre suelen conducirle á un seguro precipicio, porque se encarnizan hasta el extremo de cegarle, constituyen la desgracia de la vida en la mujer, aflijida por ellas, tanto mas cuanto su posicion social no la permite satisfacer comunmente sus caprichos. A la mujer envidiosa, bajo el pretexto de amar la verdad, la irrita la opulencia y el lujo de las demas, la ofenden los elogios que se hacen de la buena y virtuosa amiga, se lamenta de la fortuna, á su modo de ver inmerecida, que cupo á tal ó cuál muchacha casando con un hombre rico ó de elevado rango; si su envidia son celos, entra en lo mas oculto de los corazones para deducir motivos odiosos de las mejores acciones; escudriña en la conducta de la que es objeto de ellos, todo lo que pueda rebajarlos de su justo valor; en fin, ama la murmuracion, porque con ella degrada á sus rivales.

Si la mujer comprendiera cuando llega á la murmuracion el papel tan bajo y odioso que representa, bien seguro es que no tendríamos que lamentar en la sociedad la chimosgrafía, á veces de funestas consecuencias, ni tendría siempre materia dispuesta para ocuparse en los paseos y las tertulias de los defectos que se atribuye al prójimo. El murmurador es un ente vano y soberbio, que descubriendo las enfermedades y flaquezas de los otros,

quiere persuadirnos que se encuentra sano y sin ellas, pero es malvado é indigno. Quintiliano dice: *el envidioso murmurador no se diferencia del perverso sino en la ocasion de hacer mal, puesto que si daña solo con sus palabras, es porque no puede, ó le falta el valor, para hacerlo tambien con sus acciones.*

Todos los padres debieran esforzarse en corregir oportunamente la envidia y los celos, que ya hemos visto degenerar en la murmuracion y la calumnia, haciéndoles ver que sobre ser estos unos sentimientos depresivos para quien los fomenta, tarde ó temprano la iniquidad se descubre, confunde al envidioso, y hace que la inocencia en vez de ser oprimida, aparezca mas amable é interesante. *¿Cuán pocos envidiosos habria,* dice un moralista, *si se reflexionase cuan contados son los verdaderamente felices ó dignos de envidia!* ¿Hay hombre ó mujer alguna que pueda jactarse de no tener defectos? ¿Hay alguno que se conceptúe satisfecho con lo que posee? ¿Hay nadie que pueda llamarse feliz? No; pues bien, á qué envidiar, á qué codiciar, si tal vez deberiais ser envidiados.

El hábito adquirido con la buena educacion, de estar uno satisfecho con su posicion, de no desear el uso de mejores vestidos, de contentarse con frecuentar las diversiones que le permiten sus posibles, y de adaptar, por decirlo así, cada cual sus necesidades á la posicion social en que se encuentra, es el único compensador de la envidia y de los celos; en buen hora que se procure progresar, adquirir y aun brillar; en buen hora que haya *emulacion*, pero nunca *envidia*; aque-

lla es noble y santa, ésta es un afecto vergonzoso y bajo.

Semejantes máximas inculcadas en el corazón de una niña, la hacen llegar á la perfecta virtud cuando joven, y si á su modo de ver no toca á la felicidad, es porque ésta es ideal en la tierra; pero así como la rosa está cercada de una olorosa atmósfera que agrada y atrae, del mismo modo la virtud nos circunda del aprecio de las personas juiciosas; y mientras que la envidiosa sufre el tormento de su vicio, la mujer sensata goza completa tranquilidad de conciencia y el afecto de todos sus amigos, siendo objeto de admiración en la sociedad.

E. DE TAMARIT.

LITERATURA.

La Palmera.

Del esmaltado mayo era un hermoso día,
Empezaba en Oriente á dibujarse el sol,
Y la rosada aurora espléndida teñía
Los espacios azules de nácar y arrebol.

Al soplo de la brisa mecía su cimera
Con lánguido desmayo en medio de un vergel
Cual reina de las plantas soberbia una palmera
Formando con su copa de palmas un dosel.

El cefirillo suave que entre las flores gira
Le dice blandamente sus alas al mover:
«El sol rey de los astros portí de amor suspira,
»Yo vengo envanecido su mensaje á traer.

«Si pálida te meces, tú, reina de otra zona
»Por ella suspirando y acaso por tu amor,
»Mi augusto soberano te cede su corona,
»De hoy mas en tus ropajes vestirás su color.

»Y para que mas brille tu espléndida belleza
»Y de mi rey los dones, en el mundo serás,
»De virtud un emblema, de gloria y de pureza;
»Tu nombre eternamente acatado verás.»

Así dijo, y torciendo su delicado vuelo
El céfiro entre nubes se vió desaparecer,
Doñada la palmera alzó su frente al cielo,
Y el sol lanzó sus rayos de luz y de placer.

MARIA VERDEJO Y DURAN.

PREMIOS DE VIRTUD.

LA BOLSA VERDE.

La Francia es el país de la limosna.
M. EL CONDE DE MOLÉ, de la Academia francesa.

F.

Las campanas de la iglesia de Echenoz-la-Meline, cerca de Vesoul, tocaban á vuelo, repitiendo su armonioso sonido el eco confuso de los valles circunvecinos. La noche, que comenzaba á estender su manto, traía al lugar á los labradores, que retirándose con sus yuntas olvidaban las penosas faenas del día, al alegre repique del toque de oraciones.

Al día siguiente se celebraba en aquella aldea la fiesta de su Santo Patron, y aunque esta festividad se repetía todos los años, como era el único suceso que hacía variar la vida monótona de aquellas sencillas gentes, sus preparativos les ocupaban muchos días antes. Por las noches los ancianos sentados á sus puertas contaban maravillas de las fiestas de su tiempo: unos las disputadas partidas de pelota ó barra que habían ganado, otros los premios de cucaña que habían conseguido.

Las abuelas hablaban de las galas de su juventud, recordaban el color de su saya rayada, y hasta la hechura de su cofia; después aquellos bailes al son de tamboril sobre el césped de la pradera, y que se prolonga-

ban hasta bien entrada la noche, eran objeto de largas conversaciones.

Los jóvenes les escuchaban atentos y silenciosos: aquellas pomposas relaciones iniciándoles en los goces de los tiempos pasados, que habian hecho la dicha de sus padres, les prometia tambien á ellos sus horas de placer.

Aquella tarde, una jóven de quince años, poco mas ó menos, estaba sentada á la puerta de una choza en la entrada del lugar. Tres muchachos pequeños jugaban en el camino á corta distancia, bajo la vigilancia de la niña, que hilando al torno, no los perdía de vista. Pero los muy travisicos, aprovechándose de un instante en que ella ocupada en deshacer un enredo de sus husos, dejó de observarlos, saltaron por una cerca que habia al lado del camino, y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Arreglado el entorpecimiento de su labor, María Delaforge, que así se llamaba la hilandera, quiso volver á su vigilancia de guardiana, pero ya era tarde. Inquieta, no viéndolos, iba ya á levantarse de su banquillo, cuando oyó las alegres risotadas de los picaruelos.

—Julian, Pedro, Tomás, ¿quereis venir aquí? gritó inmutada por el susto que le habian dado.

—No tengas cuidado María, ya te los traigo yo, contestó una voz fuerte al otro lado del vallado.

—Padre mio!... exclamó la jóven con alegría, corriendo al encuentro de un campesino que venia rodeado de los chicos. Toda la familia se entró en la cabaña, sirviéndoles María la cena que les tenia preparada.

Satisfecho su apetito les dijo el viñador, ¿pero y vosotros, qué ibáis á hacer en el prado del tio Claudio?

—Nosotros íbamos á..... murmuró Julian titubeando.

—Cuidado con mentir: la verdad debe ir siempre por delante.

—Pues bien, padre, íbamos á coger flores para hacer una corona que pudiese llevar

María en su sombrero á la fiesta de mañana.

Haceis bien, hijos míos, de tener atenciones con vuestra hermana, que tanto la merece, pero quitais el mérito á esta buena accion con una desobediencia.

—Perdonadlo, padre mio, no lo harán otra vez, dijo María dulcemente.

—Sí... sí.... lo prometemos; espusieron los muchachos, abrazando á su hermana.

—Bueno, no se hable mas de eso: ahora que ya habeis cenado, ya sabeis lo que teneis que hacer. A acostarse, y con juicio.

María subió con sus hermanos á la pieza que ocupaban; hizoles rezar sus oraciones, y despues de acostarlos volvió á bajar adonde estaba su padre.

—Qué haces, hija? preguntó el labrador, viendo que María sacaba un gran baul que habia debajo de la cama.

—Mañana es la fiesta del lugar, y como deseo que parezcáis bien, voy á dar una vuelta á vuestra ropa por si le falta algo.

—Ah! Ah! con que deseas que yo parezca bien. Bueno. El mismo pensamiento tenia yo respecto de tí; quiero que parezcas hermosa.... la mas hermosa del baile.

—Pero padre mio.... es que.... yo no puedo ir.

—¿Y por qué no puedes ir?

—Tengo que cuidar de la casa.... de los niños.

—Cuidar de la casa.... ya te ayudaremos todos.... de los niños.... yo me encargo de ellos.

—Es que... es que... ademas.

—Qué hay ademas?

—Mi vestido es bueno para todos los días, mi sombrero de paja puede todavía servirme para andar por el campo, pero para ir á la fiesta....

—Tienes razon; ¿pero y si tuvieras un vestido nuevo y un sombrero de moda, irias con gusto?

—Oh! sí, señor, ya lo creo.

—Pues bien, hija mia, irás. Mira, desde

que Dios se llevó á tu madre, la compañera de mi vida, mi esposa querida, ni un solo instante he dejado de darle gracias por haberme dado una hija como tú. Despues de aquella pérdida tan sensible para todos, no has cesado un momento de consagrarme todas tus atenciones y cuidados. Solo, con mis tres hijos, ocupado todo el dia en el campo, no hubiera podido criarlos sin tí, que lo has tomado á tu cargo, renunciando á los placeres de tu edad, y no teniendo otro pensamiento que nuestro bien estar. Gracias á tu trabajo y á tu economía tenemos un buen pasar en nuestra choza, y podemos esperar el dia de mañana sin inquietud. Sin desatender á los quehaceres de la casa, sabes componerte de modo que te queda tiempo de trabajar. Todos los sábados voy á la ciudad á vender lo que has hilado en la semana; una parte de su producto la he empleado en las atenciones de la casa; la otra la he ido reservando para tí, porque es tuya, es el fruto de tu trabajo y de tus vigias. Toma, pues, esta bolsa, y como yo quiero que mañana parezcas en la fiesta tan bella como tus compañeras, te levantarás al amanecer é irás á la ciudad á comprar lo que necesites.

Oh, muchas gracias, padre mio, exclamó la jóven regocijada con los elogios que habia merecido de su padre, por su buena conducta, y con el regalo que la hacia.

María se durmió con el pensamiento mas feliz y agradable al corazon de una jóven; la esperanza de un traje nuevo.

(Continuará.)

TEATROS.

LA HIJA DE LAS FLORES.

Las novedades teatrales no han escaseado desde nuestro último número; pero la mas notable de la semana ha sido *La Hija de las Flores*, drama en tres actos y en verso de la señora Avellaneda, puesta en escena por pri-

mera vez en el *Principe* en la noche del 21 del corriente, con esmerada propiedad en trajes y decoraciones, y ante una concurrencia tan numerosa como escogida.

Esta produccion es digna de tan distinguida escritora: es un cuento fantástico de tan agradable efecto, que hace esclamar con D. Luis al ver á Flora:

Yo saldré de este jardin

pagano, creyendo en Flora,

y en las ninfas, y en la aurora,

y en todo el olimpo en fin.

Las bellezas mismas del primer acto desaniman al espectador, que no cree posible llevar mas allá el interés del drama en los dos restantes: este temor se aumenta en el principio del segundo, en que la accion parece mas fria; pero en el tercero vuelve á brillar en toda su lozania, y conduce sin violencia al desenlace, en que creyéndose todos unos á otros locos, y cuando al concluir la pieza dice el señor Guzman, con uno de aquellos arranques que tanto agradan al público madrileño, *señores, me declaro tambien loco*, este contagio alcanza á toda la concurrencia; tantos y tan espontáneos son los aplausos, tantos los ramos de flores que caen á los piés de la autora, cuando una y dos veces es llamada á la escena en compañía de los actores.

Dejemos á otros periódicos el juzgar esta pieza como produccion dramática; ni la índole ni los límites de nuestro periódico se prestan á la severidad de la crítica: somos meros cronistas de lo que puede interesar la curiosidad de nuestras lectoras, y no dudando que todas asistirán á sus representaciones, estamos seguros de que la aplaudirán con nosotros. Aunque su argumento le contentaria infinito, no queremos anticipándoles su conocimiento, privarles del gusto de una grata sorpresa.

Les diremos, sin embargo, respecto de la ejecucion, que la señora Palma, con su vestido de organdí estampado de flores, y

su corpiño de seda color de rosa, al recitar con su voz simpática:

Violeta, rosa azucena
juntitas habeis de estar,
que forman bello conjunto
candor, modestia y heldad

simbolizaba perfectamente á la niña sencilla, criada en la santa ignorancia que constituye la inocencia; que la señora Chafino estaba interesante con su vestido de valenciana del día de fiesta. Sin hablarles del inteligente desempeño del señor Romea, les diremos que todos los demas actores estuvieron bien, particularmente el señor Boldun, que representó con una naturalidad extraordinaria al labrador de la huerta de Valencia.

Imposible nos seria detallar las bellezas poéticas de esta pieza: nos contentaremos con señalar algun trozo, no como lo mejor, sino como lo que mas fácilmente se nos quedó impreso.

FLORA. Juntos del monte en las faldas,
juntos del bosque á la sombra,
flores nos darán alfombra:
flores nos darán guirnaldas.
Correremos, Luis querido,
cual cervatillos gemelos
por todo el campo florido,
ó cual pichones de un nido
que al par emprenden sus vuelos.
Juntos nos verá al brillar
la aurora, juntos el sol
su ardiente rayo al lanzar,
y al sepultarse en el mar
tiñéndolo de arrébol.
Juntos, sin que nos dé espanto
de la noche el rostro austero,
á cada hermoso lucero
de los que bordan su manto
pondremos nombre hechicero.
Y si te aduerme el frescor,
para arrullarte, Luis mio,
cantaré un himno de amor

que aprendí del ruiñeñor
en una noche de estío.

FLORA. En todas partes hay Dios!

no han allegado un tesoro
flores que viven un día,
mas ya ves, que el que las cria
de nácar, púrpura y oro
las viste á su fantasía.
Y oyes en torno del nido
dos pajarillos cantar
con amoroso descuido
aunque nada han recogido
que los pueda alimentar.
Pero saben que la mano
que el sol rige á su placer,
y enfrena al fiero Occéano,
es la que cuida del grano
que mañana han menester.

FLORA. Hay anémonas, mosquetas,
camelias palidas, rojas,
jazmines de dobles hojas,
pensamientos y violetas.
Se mece la francesilla
en faz del humilde acanto,
y el tricolor amaranto
junto á la azul maravilla.
Con la blanca tuberosa
se enlaza la ardiente dalía,
y el áureo lirio de Italia
con la bengálica rosa.
De la nocturna sirena
se alza á par el girasol
y el purpurado ababol
junto á la nivea azucena.
En fin, allí veras tú
con la rosa alejandrina
los claveles de la China
y heliotropos del Perú.

Concluirémos dando nuestro parabien á la señora Avellaneda, que con *La Hija de las Flores* ha añadido otra mas á su corona poética, felicitando tambien al señor Romea

por su constante esmero de presentar en escena piezas dignas del público madrileño, que hará de este coliseo una de sus mansiones favoritas en las noches del próximo invierno.

MODAS.

Una de las novedades de que mas se habla en los círculos aristocráticos, es el vestido *Leticia*. Este es un traje espléndido que una de las modistas mas inteligentes de París ha ideado en su imaginacion creadora y artística: es un traje de los que no se han visto, y que por su lujo y elegancia jugará dignamente con los uniformes cuajados de oro, entre los que deberá lucirse.

Figuráos, amables lectoras, un cuerpo de raso blanco escotado, y sobre él, otro de terciopelo verde, que ahuecándose un poco se abre por delante á manera de casaca, formando por ambos lados punta, y pendiendo de estas una bellota de oro: las mangas de terciopelo se abren en la costura interior del brazo, sobre las de raso, que forman huecos sujetos tambien con bellotas de oro.

Los contornos del cuerpo de terciopelo están guarnecidos de un galon de oro, cuya labor imita al punto de marcar.

En cuanto á la falda es tambien doble; abierta la de terciopelo en las caderas, y sujeta con bellotas de oro, deja ver la de raso.

Este traje es mas bien al estilo de la edad media que no del Imperio, y sin embargo se dice que vamos á navegar á todas modas en aquel tiempo, pero esto es lisonja y nada mas.

Las telas no son como entonces estrechas y mezquinas; lejos de eso, los cortes de vestido son ricos y de tela abundante, con triples volantes, muy anchos, y siempre al hilo, mientras que las guarniciones de aquellos trajes á manera de funda de paraguas, se cortaban siempre al bias.

Se me dirá que se llevan como en aquel

tiempo grandes cuellos con ondas en punta, esto nada prueba, porque los cuellos del tiempo del Imperio, cuando las hermosas los llevaban, eran unas especies de gorgueras encañonadas.

Los cuellos del dia se llaman cuellos á lo *Carlos quinto*, y son de blonda moderna, que reproduce en relieve todos los dibujos antiguos, con mas perfeccion.

Explicacion del Figurin.

Fig. 1.^a Vestido de gró, color gris, cuya falda adornan dos anchos volantes de blonda negra, con un rizado de cinta encima: el cuerpo con vuelta de la misma guarnicion es á lo *Inés Sorel*, y tiene aldeta á estilo de la edad media, llevando en el pecho una pieza cuadrada á lo *Watteau*. Las mangas son abiertas en la costura interior del brazo, y están guarnecidas de dos anchos volantes de blonda negra, que cae sobre las blancas de encaje. Camisolin de muselina, de plegado muy menudo, con cuello de blonda á lo *Carlos V*. Capota de raso y terciopelo picado blanco, con rizados de blonda: á los lados y en el interior ramos de fuchsias, color de púrpura. Botita de charol gris con un pequeño talon, disimulado.

Fig. 2.^a Vestido de tafetan, color de palo de sándalo, la falda adornada por delante con tres guarniciones pequeñas picadas: el cuerpo escotado á la antigua, con guarniciones atravesadas: manga ancha con guarnicion picada, de la misma tela. Cuello de muselina bordada á lo mosquetero. Capota formada de encañonados de raso, alternados con otros de terciopelo verde: en el interior y en el ala ramos de anémones blancas.

Manteleta de terciopelo negro, con vuelta de terciopelo verde, con ondas festoneadas y un ancho fleco de los dos colores.